



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEON

CARTA ENCICLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR Por la Divina Providencia Papa X

(Conclusión.)

Ahora bien, ¿cuál es la senda que conduce á Jesucristo? A la vista la tenemos: la Iglesia. San Juan Crisóstomo nos lo dice con admirable razón: *La Iglesia es tu esperanza, la Iglesia es tu salud, la Iglesia es tu refugio* (1). Para eso la estableció Jesucristo luego de haberla ganado al precio de su Sangre; para eso la confió el depósito de su doctrina y los preceptos de su ley, prodigándola al mismo tiempo tesoros de divina gracia para santificación y salvación de los hombres.

Bien veis, por consiguiente, Venerables Hermanos, cuál es la obra que nos está confiada á vosotros y á Nós. Se trata de hacer que las sociedades que viven extraviadas, lejos de la sabiduría de Cristo, vuelvan á la obediencia de la Iglesia, la Iglesia las someterá á Cristo; Cristo á Dios. Y si Nos fuese dado, por divina merced, llevar á término esta obra, tendríamos el gozo de ver á la iniquidad reemplazada por la justicia y la dicha de oír á una voz sonora en el cielo: *Ahora es el tiempo de salvación, de la virtud y del reino de nuestro Dios, y del poder*

(1) Homilía *De capto Eutropio*, n. 6.

de su Cristo (1). Mas, para que el resultado corresponda al deseo, es necesario desarraigar por todos los medios, y sin perdonar esfuerzo alguno, la iniquidad detestable y monstruosa, propia de los tiempos que alcanzamos, la cual consiste en que el hombre quiere sustituir á Dios; restablecer en su antigua dignidad las leyes santísimas y los consejos evangélicos; proclamar valientemente las verdades enseñadas por la Iglesia acerca de la santidad del matrimonio, la enseñanza de la niñez, la posesión y disfrute de los bienes temporales, las obligaciones de los que administran la cosa pública; restaurar, por último, el justo equilibrio entre las diversas clases sociales, conforme á las leyes y las instituciones cristianas.

Estos son los principios que, obedeciendo á la divina voluntad, Nós proponemos aplicar durante el curso de Nuestro Pontificado con toda la energía de Nuestra alma. Lo que á vosotros compete, Venerables Hermanos, será secundar Nuestra acción con vuestra virtud, vuestra ciencia, vuestra experiencia, y, sobre todo, vuestro celo por la gloria de Dios, *no mirando á más sino á formar á Cristo en todos*. ¿De qué medios hay que valerse para alcanzar tan alto fin? Innecesario parece decirlo cuando por sí mismos se presentan al ánimo. Sea vuestro primer cuidado el de formar á Cristo en aquellas personas que, por deber de su vocación, están destinadas á formarlo en las demás. Nos referimos, Venerables Hermanos, á los ministros del Señor, porque cuantos se ven honrados con la dignidad del sacerdocio han de saber que les corresponde en los pueblos con quien viven, igual misión que la que San Pablo atestiguaba haber recibido cuando decía estas palabras: *Hijitos míos, por quien segunda vez padezco dolores de parto hasta formar á Cristo en vosotros* (2). Ahora bien; ¿cómo podrían dar cumplimiento á semejante deber si primero no estuviesen revestidos de Cristo, y revestidos hasta poder decir con el Apóstol: *Yo vivo, ó más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (3) *porque mi vivir es Cristo* (4)?

(1) Apocalipsis, XII, 10.

(2) Gálatas, IV, 19.

(3) Gálatas, II, 20.

(4) Filipenses, I, 21.

Por lo cual, aunque todos los hombres deben aspirar al *estado de varón perfecto, á la medida de la edad perfecta según Cristo* (1), esto debe obligar más principalmente á quien haya de ejercer el ministerio sacerdotal. Por eso se le llama *otro Cristo*, no solo en razón de que participa de la potestad de Cristo, sino porque tiene que imitarle en sus obras y, de esta suerte, *reproducir en sí mismo su imagen*.

Y siendo esto así, ¡cuán grande, Venerables Hermanos, debe ser vuestra solicitud para formar un clero santo! Todo lo demás tiene menos importancia, de donde se sigue que vuestro mayor celo lo habéis de poner en el cuidado de vuestros Seminarios para poner en ellos tal orden y asegurarles tal gobierno, que allí florezcan á un tiempo mismo la integridad de la enseñanza y la santidad de las costumbres. Poned en el Seminario las delicias de vuestro corazón y no descuidéis cosa alguna de cuantas el Concilio de Trento dispuso en su gran sabiduría para asegurar la prosperidad de esta institución. Y cuando llegue el tiempo de promover á las Sagradas Ordenes á los jóvenes candidatos, no olvidéis esto que San Pablo escribía á Timoteo: *No impongas de ligero las manos sobre alguno* (2), estando ciertos de que, en la mayoría de los casos, tal como sean aquellos á quien introduzcáis en el sacerdocio, serán más tarde los fieles entregados á su solicitud. No tengáis en cuenta ningún interés particular de cualquier naturaleza que sea; mas poned vuestra mirada únicamente en Dios, la Iglesia, la eterna felicidad de las almas, para evitar, como nos advierte el Apóstol, que seamos *cómplices de pecados ajenos* (3).

Además, los sacerdotes recién salidos del Seminario no por esto han de quedar abandonados de la solicitud de vuestro celo. Apretadles, os lo suplicamos desde lo más íntimo de Nuestra alma, apretadles frecuentemente contra vuestro corazón, en que ha de arder un fuego celestial; enfervorizadles, haced que se abrasen únicamente en procurar la gloria de Dios y ganar almas para el cielo.

(1) Efesios, IV, 13.

(2) I Timoteo, V, 22.

(3) I Timoteo, V, 22.

Por lo que á N6s toca, Venerables Hermanos, velaremos con la mayor solicitud para que los eclesi6sticos no se dejen sorprender por las insidiosas artes de cierta ciencia nueva, que se adorna con la m6scara de la verdad y en que no se respira el buen olor de Jesucristo : ciencia mentirosa, que, 6 favor de p6rfidos y falaces argumentos, se esfuerza en abrir camino 6 los errores del racionalismo, 6 del semirracionalismo, y contra la cual ya advirti6 el Ap6stol 6 su amado Timoteo que se previniese cuando le escribía estas palabras : *Guarda el dep6sito, evitando las novedades profanas en las expresiones y las contradicciones de la ciencia que falsamente se llama tal; ciencia que, profes6ndola algunos, les hizo perder la f6* (1).

No es esto decir que no juzgamos merecedores de elogios 6 los sacerdotes j6venes que se dedican 6 6tiles estudios en los diversos ramos de la ciencia y que se preparan de esta suerte 6 defender mejor la verdad y refutar victoriosamente las calumnias que inventan los enemigos de la f6. Mas no podemos disimularlo, y lo declaramos con toda franqueza: tienen y tendr6n siempre Nuestra preferencia aquellos que, sin descuidar las ciencias eclesi6sticas y profanas, se dediquen m6s particularmente 6 procurar el bien de las almas mediante el desempe6o de los diversos ministerios que corresponden al sacerdote animado de celo por la gloria de Dios. *Estoy poseído de profunda tristeza y de continuo dolor* (2) al observar cu6n bien puede aplicarse 6 nuestros días este lamento de Jeremías: *Pedían pan los parvulitos y no había quien se lo repartiese* (3). Porque, en efecto, no faltan eclesi6sticos que, dej6ndose llevar de sus particulares gustos, malgastan su actividad en cosas de una utilidad m6s aparente que real, mientras acaso son menos numerosos los que, 6 ejemplo de Cristo, toman para sÍ las palabras del Profeta: *El Espiritu del Se6or repos6 sobre mÍ, por lo cual me ha consagrado con su unción, y me ha enviado 6 evangelizar 6 los pobres, 6 curar 6 los que tienen el coraz6n contrito, 6 anunciar libertad 6 los*

(1) I Timoteo, VI, 20-21.

(2) Romanos, IX, 2.

(3) Trens, IV, 4.

cautivos y á los ciegos vista (1). Y sin embargo, á nadie puede ocultarse, puesto que el hombre tiene por guías la razón y la libertad, que el principal medio de devolver á Dios su imperio sobre las almas consiste en la enseñanza religiosa.

¡Cuántos son enemigos de Jesucristo y miran con horror á su Iglesia más por ignorancia que por malicia y de quien podría decirse: *Blasfeman de todo lo que no conocen* (2). Este estado de alma se observa, no solamente en el pueblo y en las clases más humildes, cuya misma condición les hace más accesibles al error; pero hasta en las más elevadas y en personas que, por otra parte, poseen instrucción poco común. De ahí se sigue que la fé perezca en muchos, ya que no es posible admitir que la ahoguen los progresos de la ciencia, sino, antes bien, la ignorancia; de tal suerte que donde la ignorancia es mayor, mayores son los estragos de la incredulidad, por lo cual Cristo dió este precepto á los Apóstoles: *Id y enseñad á todas las naciones* (3).

Mas para que este celo por la enseñanza produzca los frutos que de él deben esperarse y sirva á *formar en todos á Cristo*, nada hay de mayor eficacia que la caridad y grabémoslo indudablemente en nuestra memoria, Venerables Hermanos, porque el Señor no está en la conmovición (4). En vano sería esperar que las almas vuelvan á Dios mediante el esfuerzo de un celo desabrido; reprochar duramente los yerros y reprender los vicios con dureza causa frecuentemente más daño que provecho. Cierto es que el Apóstol, exhortando á Timoteo, le decía: *Reprende, ruega, exhorta*; pero también lo es que añadía: *con toda paciencia* (5).

Nada hay más conforme á los ejemplos que Cristo nos dejó. Él fué quien nos llamaba, diciendo: *Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare* (6). Estos trabajos y cargas no significaban en boca

(1) Lucas, IV, 18-19.

(2) Judas, 10.

(3) Mateo, XXVIII, 19.

(4) Reyes, XIX, 11.

(5) II Timoteo IV, 2.

(6) Mateo, XI, 28.

de Cristo sino la esclavitud del error y del pecado. ¡Cuánta era la mansedumbre del divino Maestro; cuánta su ternura y compasión con los desventurados! Admirablemente se retrata su divino Corazón en este pasaje de Isaías: *Sobre él he derramado mi espíritu; no voceará ni será aceptador de personas; á la caña cascada no la quebrará, ni apagará el pábilo que aún humea* (1). Esta caridad sufrida y bienhechora (2) ha de salir al encuentro aun de nuestros adversarios y perseguidores. *Nos maldicen, declaraba San Pablo, y bendecimos; padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia; nos ultrajan, y se lo pagamos con acciones* (3). Quizás, algunos no son tan malos como aparentan. El contacto con los demás, ciertas prevenciones, la influencia de doctrinas y ejemplos, en fin, el respeto humano, que es funesto consejero, hacen que muchos se afilien en el partido de la impiedad; pero allá, en lo más íntimo, no tienen la voluntad tan depravada como fingen. ¿Por qué no hemos de esperar que la llama de la caridad acabe por disipar las tinieblas de sus almas y haga que con la luz reine en ellas la paz de Dios? Más de una vez tendremos que esperar que madure el fruto de nuestro trabajo, pero la caridad jamás se cansa, porque sabe que Dios recompensa, no á medida de los resultados, sino del propósito.

Con todo eso, no es nuestro ánimo, Venerables Hermanos, que en esta árdua empresa de la renovación de los pueblos en Cristo, trabajéis vosotros y vuestro clero sin tener auxiliares. Bien sabemos que *Dios manda á cada uno el amor de su prójimo* (4); por consiguiente, no son únicamente, los sacerdotes sino todos los fieles sin excepción, quien deben emplearse en servir los intereses de Dios y de las almas; no ciertamente cada cual á su antojo y conforme á sus tendencias, sino siempre sometidos á la dirección y voluntad de los Obispos, porque el derecho de mandar, enseñar y dirigir no pertenece á la Iglesia, sino á vosotros, *instituidos por el Espíritu Santo para apacentar á la Iglesia de Dios* (5).

(1) Isaías, XLII, 13.

(2) I Corintios, XIII, 4.

(3) I Corintios, IV, 12-13.

(4) Eclesiástico, XVII, 12.

(5) Hechos, XX, 28.

Asociarse entre católicos con objetos diversos, pero siempre en bien de la Religión cosa es de antiguo aprobada y bendecida por Nuestros Predecesores. Tampoco Nós vacilamos en alabar empresa tan hermosa, y vivamente deseamos que se difunda y florezca en aldeas y ciudades; pero entendemos también que el primero y principal fin de estas asociaciones ha de ser que los que en ellas se inscriben cumplan fidelísimamente los deberes de la vida cristiana. Vale poco, ciertamente, promover sutilmente variadas cuestiones y disertar con elocuencia sobre deberes y derechos, si todo ello no ha de conducir á la acción práctica.

La acción es lo que exigen los tiempos actuales; pero una acción que se encamine francamente al cumplimiento íntegro y escrupuloso de las leyes divinas y los preceptos de la Iglesia; á la confesión clara y valerosa de la Religión; á la práctica de la caridad en todas sus formas, sin mira ninguna personal, ni codicia de ventajas terrenas. Brillantes ejemplos de todo esto, dados por muchos soldados de Cristo, tendrán más rápida virtud para mover y arrastrar á las almas que la abundancia de palabras y la sutileza de razonamientos, y acabará por verse á multitudes de hombres pisotear el respeto humano, sacudir toda falsa prevención, unirse á Cristo, y promover entre las gentes su conocimiento y su amor, prendas de eterna felicidad.

El día en que en cada ciudad y cada aldea se guarde puntualmente la ley del Señor, se respeten las cosas santas, se frecuenten los Sacramentos; en suma, cuanto constituye la vida cristiana vuelva á ser tenido en el honor que merece, nada faltará, de seguro, Venerables Hermanos, para que podamos contemplar la restauración de todas las cosas en Cristo. Pero nadie imagine que todo esto dice relación únicamente á los bienes eternos; también los temporales y la prosperidad pública experimentarán la benéfica influencia de estas cosas; porque una vez que se hayan obtenido esos resultados, los nobles y los ricos sabrán ser caritativos y justos para con los humildes, y éstos soportarán en paz y paciencia las privaciones de su infortunada condición; los ciudadanos obedecerán, no á la arbitrariedad, sino á la ley; y todos mirarán como

un deber el respeto y amor hacia los que gobiernan, cuyo poder *no viene sino de Dios* (1) Pero, además, hay que entonces será para todos manifiesto que la Iglesia, tal como fué establecida por Jesucristo, debe gozar de plena y absoluta libertad y no verse sometida á ningún poder humano y que Nós mismo, al reivindicar esta libertad, no sólo amparamos los sagrados derechos de la Religión, sino que proveemos igualmente al bien común y la seguridad de los pueblos: *la piedad sirve para todo* (2) y allí donde reina el pueblo está verdaderamente asentado en la plenitud de la paz.

Que Dios, *rico en misericordias* (3), apresure en su bondad esta restauración del género humano en Jesucristo, que *no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia* (4). Pidámosle todos esta gracia *con espíritu humillado* (5), mediante una oración activa y continuada, fundada en los méritos de Cristo. Recurramos también á la intercesión poderosísima de la divina Madre y para alcanzarla más abundantemente, tomando ocasión de la fiesta en que os dirigimos esta Carta y que fué instituida para solemnizar el Santo Rosario, Nós confirmamos todas las disposiciones por las cuales Nuestro Predecesor consagró todo el mes de Octubre á la augustísima Virgen, y prescribió el rezo público del Rosario en todas las Iglesias. Y os exhortamos, además, á tomar también por intercesores al Castísimo Esposo de María Santísima, Patrón de la Iglesia católica, y á los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Para que estas cosas se cumplan según Nuestros deseos, y que todos vuestros trabajos tengan éxito feliz, pedimos que caigan abundantemente sobre vosotros los dones de la gracia divina. Y como testimonio de la caridad con que abarcamos á todos vosotros y á los fieles puestos bajo vuestro cuidado por la divina Providencia, cordialísimamente os concedemos en el Señor, Venerables Hermanos, lo mismo que á vuestro clero y pueblo, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 4 de Octubre del año 1903, primero de Nuestro Pontificado.

PÍO PAPA X.

-
- (1) Romanos, XIII, 1.
 - (2) I Timoteo, IV, 8.
 - (3) Efesios, II, 4.
 - (4) Romanos, IX, 16.
 - (5) Daniel, III, 39.
-